

**La imagen y la narrativa como herramientas para el abordaje psicosocial en
escenarios de violencia. Departamentos de Quindío, Valle del Cauca y Nariño**

Angie Elizabeth Burbano Guevara

Constanza Torres Castro

Magda Yorledys Casas Escudero

Karen Lorena Dajome Gómez

Carmen Andrea Galvis

Asesor

Alejandra Grueso Arboleda

Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD

Escuela de Ciencias Sociales Artes y Humanidades ECSAH

Psicología

2025

Resumen

El presente trabajo analiza cómo la imagen y la narrativa se convierten en herramientas para el abordaje psicosocial en escenarios de violencia en distintos territorios de Colombia. Esta temática se aborda en este trabajo por medio de los siguientes apartados. El primer apartado desarrolla el análisis narrativo del video “Exilio: La Colombia fuera de Colombia”, donde se identifican emergentes psicosociales del exilio, el posicionamiento de las personas entre la víctima y la sobreviviente, los significados subjetivos de la violencia, así como recursos de afrontamiento y elementos de resiliencia presentes en sus relatos. En segunda instancia se formulan preguntas circulares, reflexivas y estratégicas orientadas a profundizar en la experiencia del exilio y a favorecer procesos de resignificación y empoderamiento personal y colectivo. Posteriormente se presenta el análisis del caso “Bojayá: entre fuegos cruzados”, en el que se describen emergentes psicosociales cotidianos, impactos bio-psico-socio-culturales, símbolos de violencia, resiliencia y transformación, junto con tres estrategias de intervención psicosocial contextualizadas en la comunidad. Luego se comparte un informe reflexivo sobre la experiencia de foto voz en territorios como Armenia, Tumaco, Cali y Jamundí, donde las fotografías permiten leer el territorio como entramado simbólico, tejer memoria y visibilizar recursos de afrontamiento y vínculos resilientes articulados con los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Por último, se exponen conclusiones que destacan el papel de la imagen y la narrativa para dignificar las voces de las víctimas y fortalecer la salud mental comunitaria.

Palabras clave: Narrativa, Imagen, Violencia, Resiliencia, Memoria.

Abstract

This paper analyzes how image and narrative become key tools for psychosocial approaches in contexts of violence in different territories of Colombia. This topic is addressed in this work through the following sections. The first section develops a narrative analysis of the video “Exilio: La Colombia fuera de Colombia”, where psychosocial emergent of exile are identified, as well as the positioning of people between victim and survivor, the subjective meanings attributed to violence, and the coping resources and resilience elements present in their stories. Secondly, circular, reflexive and strategic questions are formulated to deepen the experience of exile and to foster processes of re-signification and personal and collective empowerment. Subsequently, the analysis of the case “Bojayá: entre fuegos cruzados” is presented, describing everyday psychosocial emergent, bio-psycho-socio-cultural impacts and symbols of violence, resilience and transformation, together with three psychosocial intervention strategies contextualized in the community. A reflective report is then shared on the photovoice experience in territories such as Armenia, Tumaco, Cali and Jamundí, where photographs make it possible to read the territory as a symbolic fabric, weave memory and make visible coping resources and resilient bonds articulated with the Sustainable Development Goals. Finally, the conclusions highlight the role of image and narrative in dignifying the voices of victims and strengthening community mental health.

Keywords: Narrative, Image, Violence, Resilience, Memory.

Tabla de Contenido

Análisis de Relato: “Anímate a la Verdad. Capítulo 2: Exilio. La Colombia Fuera de Colombia”	8
Raíces Arrancadas: Emergentes Psicosociales del Exilio.....	9
Voces que se Rehacen: entre la Víctima y la Sobreviviente.....	10
El Eco del Desarraigo: Significados de la Violencia desde la Subjetividad.....	11
Puentes que Hacen Sentido: Recursos de Afrontamiento Frente a la Pérdida.....	13
Memorias que Florecen: Resiliencia en Medio del Exilio.....	13
Análisis y Estrategias de Abordaje Psicosocial para el Caso de 'Bojayá: entre Fuegos Cruzados'.....	18
Entre la selva, el Fuego y el Abandono: Emergentes Psicosociales del Conflicto Cotidiano.....	19
Cuerpos, Memorias y Vínculos Rotos, los Impactos Bio-sico-socio-culturales.....	21
Del Horror a la Esperanza: Símbolos de Violencia, Resiliencia y Transformación.....	23
Informe Reflexivo y Analítico de la Experiencia sobre las Imágenes y las Narrativas....	30
El Territorio No Habla, el Territorio Grita	30
Metaforas del Dolor y la Esperanza.....	33
Fotografías que Tejen Memoria.....	35
Rastros de Resiliencia y Esperanza.....	36
Un Futuro Sostenible	38

Conclusiones	39
Referencias Bibliográficas	42

Lista de Tablas

Tabla 1 Preguntas Circulares, Reflexivas y Estrategicas.....	15
Tabla 2 Estrategia de Intervención Psicosocial No.1 “Raíces y Caminos: Construyendo una Comunidad desde el Arte, la Unión y el Cambio”	26
Tabla 3 Estrategia de Intervención Psicosocial No. 2 “Sanar desde la Memoria Colectiva”	28
Tabla 4 Estrategia de Intervención Psicosocial No.3 “Escuchar para Sanar”	29

Lista de Apéndices

Apéndice A. <i>Lo que la imagen nos dijo</i>	45
-----------------------------------------------------------	----

Análisis de Relato: “Anímate a la Verdad. Capítulo 2: Exilio. La Colombia Fuera de Colombia”

El video “*Exilio: La Colombia fuera de Colombia*” muestra una de las realidades menos visibilizadas que tiene Colombia como consecuencia de la violencia que se vive en el país, esta es, la de quienes se vieron obligados a abandonar el país para proteger su vida, dejando atrás su historia, sus afectos y su identidad. A través de los testimonios de hombres y mujeres exiliados, el video nos invita a reconocer el exilio como una forma de desplazamiento forzado, marcada no solo por la violencia que lo origina, sino también por el desarraigo y la reconstrucción de vida en territorios ajenos. Las voces narradoras evocan recuerdos de persecución, pérdida y despojo, pero también de resistencia y reconstrucción. En sus relatos, los cuales entrelazan la memoria personal y la colectiva, como por ejemplo, el padre asesinado, la casa quemada, la profesión abandonada, la nostalgia que cabe “en una maleta”, como dice Mario Benedetti, y el intento constante de mantener viva la conexión con Colombia a través de la música, la palabra o la memoria transmitida a los hijos. Con este video, la Comisión de la Verdad, ayuda a visibilizar el exilio como una violación de derechos humanos que ha sido invisibilizada en el país. El video no solo denuncia la ausencia de reconocimiento institucional, sino que también resalta la continuidad del conflicto y sus efectos más allá de las fronteras nacionales.

Al escuchar, analizar y discutir estos testimonios sobre el exilio, fue inevitable pensar en las distintas formas de partir. Hay quienes han salido del país felices, con una maleta llena de sueños para formarse, trabajar y vivir con dignidad en otros lugares. Sus destinos, aunque a veces nostálgicos por la distancia y el estar lejos de casa, han estado marcadas por la elección, por el desarrollo profesional y por la posibilidad de volver o de que sus seres queridos puedan visitarles. Sin embargo, al escuchar los relatos del video *El exilio*, el contraste se vuelve

abrumador. Surgen las historias de quienes también se despidieron, pero no por decisión ni por crecimiento, sino por persecución, miedo, violencia y muerte. Personas que quizá no han tenido la oportunidad de reencontrarse con los suyos, que llevan años sin poder abrazar a sus familias. Ese contraste revela la profundidad del desarraigo y la injusticia que habita en las distintas maneras de irse, unas nacen de la elección, otras del dolor.

Raíces Arrancadas: Emergentes Psicosociales del Exilio

Los testimonios del video muestran varios emergentes psicosociales los cuales van muy ligados al conflicto armado y la violencia estructural que se vive en el país. Los entrevistados hablan de desarraigo, de perder el lugar y la cultura que fueron su hogar, de cargar con el duelo migrante y las múltiples pérdidas: la familia, porque muchas veces el exilio cierra la puerta al regreso; el país y todo lo que eso implica, una especie de duelo cultural; la profesión, porque hay quienes no pueden volver a ejercer lo que aman; y, al final, el sentido de pertenencia. Encima de todo esto, hay historias durísimas, padres asesinados delante de sus hijos, reclutamiento forzado, violencia sexual, la pérdida de la identidad profesional. El exilio, así, se siente como una ruptura total, algo que quiebra tanto a la persona como a la comunidad (Martín-Baró, 1990).

A esto se suma lo anterior, el no reconocimiento del exilio como hecho victimizante en la Ley de Víctimas en Colombia, lo cual intensifica el dolor y la sensación de abandono institucional (Beristain, 2012). Emocionalmente, los testimonios transmiten un dolor persistente, acompañado de culpa, miedo, duelos inconclusos y profunda nostalgia por el país. A nivel colectivo, aparece el silencio impuesto por el exilio, la fragmentación familiar y comunitaria, pero también la fuerza para luchar por la memoria, los derechos humanos y el reconocimiento. La violencia no termina al salir del país; persiste de forma silenciosa en la vida cotidiana, en la tristeza y en la dificultad para reconstruir la existencia lejos del lugar de origen.

Otro emergente importante es la carga emocional, en el video hay una madre que narra su historia y es el perfecto ejemplo de esta carga emocional. Ella asume la figura materna, enfrentando la disyuntiva entre acompañar a su pareja, quien se aísla y se vuelve agresivo, o buscar nuevos apoyos, encontrando en otras mujeres experiencias similares. En este contexto, la presión social y el estigma también agravan su situación psicológica, económica y emocional, reflejando el aislamiento y la exclusión que viven muchas familias en situación de desplazamiento o exilio.

El testimonio de la mujer enfermera y sindicalista resume gran parte de estas experiencias: fue violada y perseguida, y logró escapar al extranjero. Allí relata: *“Me ha costado trabajo, pero ahora que ya domino el idioma estoy más tranquila. Lo que más me ha costado es acostumbrarme a este frío. Si no hiciera tanto frío, estaría muy bien aquí.”* Esa frase, aunque sencilla, dice muchísimo. Nos habla de alguien que logró salvar su vida, una sobreviviente, pero que sigue enfrentando las secuelas del trauma. El frío, más allá del clima, representa esa sensación de extrañamiento, de pérdida, de no sentirse en casa. Al mismo tiempo, su voz y su relato son también una forma de resistir el olvido, de mantener viva su historia y la de tantas otras personas que han tenido que dejarlo todo atrás (White, 2016).

Voces que se Rehacen: entre la Víctima y la Sobreviviente

Con respecto al posicionamiento como víctima o sobreviviente, es evidente que los diferentes testimonios no se muestran en sí solo desde el lugar del daño. Aunque narran con crudeza los horrores vividos, también dejan ver cómo han reconstruido sus vidas, sus vínculos y sus propósitos. El testimonio de la mujer que canta en el metro de Nueva York, de la que aprendió un nuevo idioma, de la que cuenta historias a sus hijos sobre Colombia, muestra una narrativa que no se detiene en la victimización. Como plantea Michael White (2016), en estos

relatos emerge una *doble historia*: la del trauma vivido, pero también la de las respuestas, la resistencia y la agencia. Estas personas no se definen solo por lo que perdieron, sino también por lo que han sido capaces de sostener y resignificar. No se puede hablar de ser únicamente víctima o únicamente sobreviviente. Ambas identidades están profundamente entrelazadas. No se puede borrar el pasado de víctima, porque si no hubieran sido víctimas, no estarían en el exilio. La violencia vivida marcó sus vidas de forma irreversible. Pero al mismo tiempo, es precisamente el hecho de haber buscado salidas, de haber encontrado formas de seguir adelante, lo que también los convierte en sobrevivientes. Ser uno implica haber sido lo otro. Ya que el reconocimiento como víctimas se convierte en un paso fundamental hacia la dignificación y la búsqueda de justicia y reparación. Nombrarse como víctimas les permite reivindicar su historia y visibilizar el daño sufrido, transformando el silencio en una voz colectiva que exige verdad y reparación. Y esa complejidad de ser víctima y a su vez sobreviviente es lo que hace tan poderosos estos relatos, ya que muestran el dolor, pero también la fuerza, el duelo, pero también la vida que continúa, la pérdida y la reconstrucción, y todo esto en un perfecto balance.

El Eco del Desarraigo: Significados de la Violencia desde la Subjetividad

Es fundamental señalar que en el vídeo se evidencian diversos actos de violencia derivados del conflicto armado colombiano, los cuales han dejado en las víctimas no solo heridas físicas, sino también afectaciones profundas en su dimensión subjetiva y existencial, tal como señalan Echeburúa (2007) y Díaz Barriga et al. (2020) al describir el impacto psicológico de las situaciones traumáticas. La violencia vivida se transforma en un silencio forzado, pues el exilio una de las consecuencias menos visibilizadas del conflicto continúa siendo invisible ante gran parte del país, reproduciendo formas de violencia simbólica y estigmatización social (Grupo Banco Mundial, 2009; Vásquez, 2010).

Los significados de la violencia de las personas que dieron sus testimonios en el video muestran una realidad muy distinta de lo que comúnmente entendemos como migración. Existen casos en que la migración es desde un lugar de crecimiento profesional y por elección. Se ha visto cómo miles de jóvenes han podido salir del país, estudiar, trabajar en su campo y regresar de visita. Pero el exilio que se narra en los testimonios no es una migración voluntaria, sino una ruptura profunda, una salida obligada que nace del miedo, del dolor y de la pérdida. Para quienes testifican en el video, la violencia no solo les quitó a sus seres queridos o sus hogares, sino también el derecho a pertenecer, a ser reconocidos como víctimas y a regresar con dignidad. La frase *“es como si hubiera tenido que volver a nacer”*, dicha por uno de los entrevistados, muestra lo que implica reconstruirse desde cero, es decir, volver a aprender un idioma, adaptarse a un clima extraño, cambiar de trabajo, aprender a vivir en una cultura que no es la propia y todo esto sin haberlo elegido, esto se relaciona con lo que Vera et al. (2006) describen como procesos de resiliencia y crecimiento postraumático, y con la perspectiva narrativa de White (2016) sobre la reconstrucción de la identidad tras múltiples traumas. A pesar de ello, se mantiene viva la conexión con Colombia como un lugar simbólico y emocional, a través de la música que aún se canta en el metro de Nueva York, de las historias contadas a los hijos, y del anhelo de volver algún día.

Es importante recalcar que los testimonios dejan ver que los significados de la violencia no termina con el desplazamiento. Persiste en el miedo, en la imposibilidad de regresar, en la discriminación y en el olvido institucional. La violencia también se convierte en una marca silenciosa que atraviesa la cotidianidad de quienes viven lejos, recordándoles lo que fueron obligados a dejar atrás. Sin embargo, la palabra y la memoria emergen como medios de resistencia y reconstrucción del sentido de sí y de comunidad.

Puentes que Hacen Sentido: Recursos de Afrontamiento Frente a la Pérdida

Es muy cautivante cómo, en medio de la adversidad y a pesar de haber atravesado procesos traumáticos y experiencias profundamente dolorosas, como el desplazamiento forzado, estas personas han desarrollado diferentes recursos de afrontamiento, los cuales les permiten continuar y reconstruir sus vidas. Recursos como el aprender el idioma, trabajar en lo que esté disponible, cuidar de sus hijos, cantar, recordar, contar, y escribir, son formas de resistir la fragmentación. Un ejemplo muy significativo es el testimonio de la mujer que canta en el metro de Nueva York con su guitarra, la misma con la que cantaba cuando era niña en Tumaco. Su testimonio cuenta que a través de la música, se siente conectada con su tierra, como si todavía estuviera allá. Ese acto tan sencillo de tocar una canción en un tren subterráneo se convierte en un puente entre el presente y el pasado, entre el exilio y el recuerdo, entre la ruptura y el sentido. En palabras de Nensthiel (2015), estas son “*narrativas alternativas*” que permiten resignificar la experiencia traumática y reconectar con el sentido de vida.

Memorias que Florecen: Resiliencia en Medio del Exilio

A pesar de la crudeza de los diferentes relatos sobre las razones por las que estas personas se encuentran en situación de exilio, en el discurso de cada uno los elementos resilientes son evidentes, tal como señala Vera et al., (2006) al hablar de resiliencia y crecimiento postraumático. Surgen destellos de esperanza, ternura y compromiso ético, que demuestran que incluso en medio de tanto dolor, hay una voluntad firme de no rendirse. La mujer que cría a sus hijos en un nuevo país, pero les habla con amor de Colombia; la que canta en el metro de Nueva York con la misma guitarra que usaba en Tumaco; la sobreviviente de violencia sexual que hoy trabaja por los derechos humanos en su país de acogida. Todos estos actos, por pequeños que parezcan, son profundamente transformadores.

Un elemento que expone la resiliencia, es como cada persona relata su experiencia desde los diferentes contextos. Esto representa una manera de afrontar el trauma, narrar lo vivido y darle un significado a su historia ayudando a la re significación, y recuperación el sentido de agencia frente a una vivencia, así como lo dice White (2016), el relato es una forma de reconstruir identidad y agencia. En estas narraciones se percibe una conexión viva con Colombia, y no solo desde la nostalgia, sino desde el arte también. Se mantienen valores familiares y culturales, como el deseo de que los hijos conozcan la historia de sus padres y del país que dejaron atrás. Aunque algunos no se sienten listos para volver, o algunos tal vez ni puedan, la esperanza del regreso sigue presente, y eso ya es un acto de resistencia. Aprender un nuevo idioma, rehacer rutinas diarias, buscar sentido en lo cotidiano, todo eso también habla de la capacidad de adaptación y de reconstrucción personal frente a un contexto adverso.

Formulación de Preguntas Circulares, Reflexivas y Estratégicas

Tabla 1

Preguntas Circulares, Reflexivas y Estratégicas

Tipo de pregunta	Pregunta planteada	Justificación desde el campo psicosocial
Circular	¿Cómo percibe que el apoyo recibido de otros miembros de la comunidad influyó en la manera en que su familia enfrentó las consecuencias del exilio y la violencia?	Este interrogante busca comprender cómo las redes de apoyo comunitario inciden en los procesos de afrontamiento y reconstrucción de las familias que han vivido experiencias de violencia y exilio. Se fundamenta desde el campo psicosocial, donde se reconoce que los vínculos y apoyos presentes en la comunidad actúan como factores protectores y facilitan la resiliencia frente a situaciones adversas (Alberich, 2008; Vera et al., 2006).
Circular	¿De qué manera cree que la experiencia de dolor por la pérdida del territorio y el desarraigo que usted vivió individualmente ha moldeado colectivamente la forma en que su núcleo familiar gestiona la adversidad y el sufrimiento hoy en día?”	Permite explorar las dinámicas relacionales y cómo el trauma por la pérdida del territorio y el desarraigo se ha transmitido o transformado en el núcleo familiar, promoviendo una comprensión sistémica del sufrimiento. Esta pregunta se apoya en la lectura sistémica del trauma y en la noción de transmisión relacional del dolor y la resiliencia en las familias (Walsh, 2016; Beristain, 2012)
Circular	¿Las otras personas que ha conocido (especialmente otras familias que pasaron por lo mismo) qué le han enseñado o en qué le han ayudado concretamente?	Busca reconocer la importancia de los vínculos con quienes viven experiencias similares, y cómo estos pueden ayudar a resignificar y sostener el proceso. Esta pregunta se fundamenta en el enfoque de redes psicosociales, donde el papel de los lazos significativos como factores protectores en salud mental es de gran importancia (Alberich, 2008)

Reflexiva	¿Qué habilidades ha descubierto en usted mismo a raíz de todo lo vivido durante el exilio?	Esta pregunta permite facilitar el reconocimiento de recursos personales, y también, permite visibilizar capacidades que pueden fortalecer la identidad como sobreviviente más allá del rol de víctima. Se fundamenta en la perspectiva narrativa y en la Psicología Positiva, que resaltan la identificación de fortalezas y recursos como base del afrontamiento y el crecimiento tras la adversidad (White, 2016; Vera et al., 2006)
Reflexiva	¿Qué ha aprendido de usted mismo/a que no habría descubierto si no hubiese vivido esta experiencia?	Esta pregunta, es como una continuación de la anterior, e invita a la persona a la resignificación de la experiencia vivida. El objetivo es facilitar procesos de sanación a través de la reflexión, al permitir que la persona reinterprete su historia desde un lugar de crecimiento y fortaleza. También se fundamenta en los enfoques de construcción de significado y crecimiento postraumático (Vera et al., 2006)
Reflexiva	¿Cuál fue la lección de vida con esta experiencia?	Se busca que el entrevistado interiorice y enfatice que muchas cosas se salen de nuestro control como las situaciones psicosociales de nuestro país, pero el cómo enfrentarlas, como nos potencializamos y somos resilientes, es lo que generará la mejor versión en cada ser humano y sacar lo mejor de sí. Esta pregunta retoma la idea de que el sufrimiento puede ser resignificado y transformado en fuente de sentido y aprendizaje (White, 2016)
Estratégica	¿Qué acciones podrías emprender para transformar tu experiencia de exilio en una oportunidad de apoyo	Promueve la movilización del sujeto hacia la acción solidaria y reparadora. En términos psicosociales, cuando las víctimas se convierten en agentes activos de

	a otras personas que atraviesan situaciones similares?	acompañamiento, refuerzan su autoestima, sentido de utilidad y empoderamiento (Montero, 2003)
Estratégica	¿Qué cambiaría en tu vida si comenzarás a verte como una sobreviviente capaz de inspirar y liderar procesos de memoria y reconciliación?	Esta pregunta confronta la narrativa del dolor para generar transformación. Desde la intervención psicosocial, impulsa el reconocimiento de las propias fortalezas y la posibilidad de convertirse en protagonista del cambio, pasando del trauma a la acción con sentido (White, 2016)
Estratégica	¿De qué manera considera que puede fortalecer su voz y participación para exigir el reconocimiento y la garantía de los derechos vulnerados durante el exilio?	Este interrogante invita a reconocer la capacidad de acción y la voz de las víctimas frente a las vulneraciones sufridas, promoviendo una reflexión sobre el ejercicio de sus derechos y su papel activo en los procesos de verdad, justicia y reparación. Se alinea con el enfoque de derechos y con propuestas de intervención psicosocial que vinculan participación, memoria y exigibilidad (Vásquez, 2010; Beristain, 2012)

Nota. En esta tabla se proponen preguntas circulares, reflexivas y estratégicas basadas en el relato del exilio. Están pensadas para facilitar una entrevista psicosocial que ayude a comprender mejor la experiencia del protagonista y promover su proceso de recuperación. Fuente. Autoría propia.

Análisis y Estrategias de Abordaje Psicosocial para el Caso de 'Bojayá: entre Fuegos Cruzados'

El 2 de mayo de 2002, en el corregimiento de Bellavista en el Chocó, ocurrió una de las tragedias más duras, crueles y representativas que ha dejado el conflicto armado interno. Este es conocido como La masacre de Bojayá. Ese día, cientos de personas afrodescendientes e indígenas quedaron atrapadas entre el fuego cruzado de la guerrilla de las FARC y los paramilitares del Bloque Élder Cárdenas de las AUC. Buscando salvar sus vidas, la mayoría se refugió en la iglesia del pueblo, convencidos de que ahí estarían a salvo. No fue así. Un cilindro bomba disparado por la guerrilla explotó en el templo. Murieron al menos 70 personas, casi la mitad eran niños y decenas más quedaron heridos. Esas heridas no fueron solo físicas, sino también en lo más profundo de su mente y su espíritu, se podría decir que la comunidad entera quedó marcada por el dolor, miedo, la angustia y una marca de por vida.

El documental *Bojayá: entre fuegos cruzados* (El Tiempo, 2019), expone los múltiples niveles de violencia ejercidos sobre esta comunidad, la violencia directa de los grupos armados, la violencia estructural del abandono estatal y la violencia cultural que invisibiliza el dolor de poblaciones racializadas y empobrecidas. Leiner Palacios, líder y víctima, lo expresa con claridad: *“Ningún actor armado ha sido fuente de protección para las comunidades... todos llegan diciendo que van a defender, pero al final, la gente es la que muere”* (El Tiempo, 2019).

El caso no solo revela la brutalidad y la crueldad del conflicto armado, sino también la revictimización institucional, es decir, la falta de asistencia médica oportuna, la desatención a los procesos de duelo, la deficiente identificación de cuerpos y la imposibilidad de realizar rituales funerarios tradicionales como el “walí” o la novena. Esto quebró no solo el tejido social, sino también el universo simbólico y espiritual de la comunidad, generando un duelo colectivo

inconcluso. Como señala una de las mujeres sobrevivientes: *“Nos tocó recoger hasta con pala restos de la iglesia... una persona que murió ahí y no le pudimos rezar es un ángel que nos han negado tener”*.

A más de dos décadas de la masacre, el territorio continúa siendo disputado por nuevos actores armados, como el ELN y grupos narcotraficantes, lo cual impide una reconstrucción real del proyecto de vida. Pese a esto, el pueblo de Bojayá ha resistido desde lo simbólico, lo comunitario y lo organizativo, apostando a la memoria, al perdón y a la reconciliación como formas de sanación psicosocial. La movilización del Cristo mutilado, sobreviviente del atentado, desde Bojayá hasta la Plaza de Bolívar en Bogotá, se ha convertido en un acto político, ético y espiritual que exige garantías de no repetición y una paz con justicia y dignidad.

Entre la selva, el Fuego y el Abandono: Emergentes Psicosociales del Conflicto Cotidiano

En este caso de Bojayá se analizan varios emergentes psicosociales derivados tanto del contexto socio histórico como de las dinámicas de la vida cotidiana. La comunidad ha vivido en un estado permanente de vulnerabilidad, rodeada por violencias de grupos armados ilegales, sin presencia efectiva del Estado ni garantías reales de protección o reparación. Esta desprotección institucional no es un hecho aislado, sino una constante histórica mucho antes de la masacre de 2002. El abandono por parte del Estado ha generado una profunda desconfianza, en las redes de apoyo y en la seguridad percibida por la población .

Uno de los emergentes más evidentes es la desintegración familiar, particularmente si se tiene en cuenta que entre las víctimas mortales había mujeres embarazadas y menores de edad. Muchos hogares quedaron sin madres o sin hijos, lo que genera un impacto emocional y simbólico aún más profundo desde el punto de vista de las creencias religiosas y las prácticas culturales propias de la comunidad. Estas pérdidas afectan no solo a los núcleos familiares, sino

también a la memoria colectiva y al entramado social que los sostenía. En muchos casos, los sobrevivientes no lograron recuperar los cuerpos de sus seres queridos, lo cual impidió realizar los rituales tradicionales que permiten cerrar el ciclo del duelo de forma culturalmente significativa. El duelo, es un proceso íntimo y reparador, se transforma en un trauma colectivo sin cierre, un dolor compartido que permanece vivo en la memoria de quienes continúan habitando el territorio, tal como describe Echeburúa (2007) al referirse a las consecuencias de sucesos traumáticos sin elaboración adecuada. Como bien lo expresa una mujer en el documental, los muertos de Bojayá “*piden agua*”, una metáfora que encarna la necesidad espiritual y simbólica de despedir dignamente a los fallecidos. Esto, lo explica White (2016) claramente, sobre la importancia de los rituales y significados culturales en la reconstrucción del sentido tras experiencias traumáticas, en el momento en que estos rituales se impiden, emergen efectos psicosociales y se dificulta la elaboración del duelo.

También se evidencia una fuerte afectación del tejido social. La masacre alteró radicalmente las condiciones de seguridad y la tranquilidad del lugar, lo que transformó para siempre la perspectiva de sus habitantes sobre la vida comunitaria. Incluso al intentar reconstruir sus costumbres y tradiciones, todo permanece marcado por ese hecho trágico que parte la historia de Bojayá en dos, un antes y un después de la masacre. El trauma colectivo se hace visible en el lenguaje, los gestos, los silencios y las pausas de quienes narran su experiencia. A pesar de los esfuerzos por retomar los proyectos de vida, persiste un miedo profundo ante la posibilidad de que los hechos violentos se repitan. El relato de las víctimas revela que el trauma no pertenece únicamente al pasado, sino que se reconfiguran constantemente en el presente y se transmite a través de generaciones, manteniéndose como una amenaza latente. Vera et al., (2006) lo presenta

como huellas traumáticas persistentes e invita a la necesidad de procesos de resignificación para abrir paso a la resiliencia.

La comunidad también ha sufrido una profunda pérdida cultural y simbólica. El desplazamiento forzado y la destrucción de espacios como la iglesia de Bellavista no solo afectan físicamente el territorio, sino que también desestructuran prácticas de duelo, como los cantos funerarios, los rezos, el wali y las novenas.

Cuerpos, Memorias y Vínculos Rotos, los Impactos Bio-sico-socio-culturales

Está claro que la masacre de Bojayá afectó de manera devastadora en todos los niveles del ser humano, es decir, el cuerpo, la mente, y los vínculos sociales. Desde lo biológico, muchas personas sufrieron heridas graves, mutilaciones, discapacidades y enfermedades físicas derivadas del trauma vivido. El impacto fue especialmente alto en la población infantil: al menos 48 niños murieron dentro de la iglesia, un lugar que se suponía debía ser seguro. Las secuelas físicas son la manifestación más visible de una violencia que también ha deteriorado profundamente la salud física de los sobrevivientes, agravada por el difícil acceso a atención médica en un territorio históricamente olvidado por el Estado.

En el aspecto psicológico, se observan secuelas que van desde el miedo crónico, ansiedad, depresión y el insomnio, hasta síntomas propios del trauma complejo. El caso de Ana Luisa, una niña que desarrolló rechazo hacia su padre después de que este intentara protegerla sumergiéndose bajo el agua durante el ataque, revela cómo la violencia deja huellas en el cuerpo y la mente más allá de la lógica y la razón. El miedo permanece como una sensación constante, que se activa incluso ante la simple posibilidad de que la masacre pueda repetirse. Como lo muestran varios testimonios en el documental, el sufrimiento no terminó con el evento, se prolongó a través del abandono estatal, la convivencia forzada con el recuerdo de los victimarios

y la imposibilidad de cerrar los duelos. Echeburúa (2007) y Díaz Barriga et al., (2020) explican que cuando no se ofrece una atención psicosocial oportuna y adecuada, las reacciones de crisis y las secuelas traumáticas tienden a volverse crónicas. La falta de atención psicosocial adecuada, sumada a la precariedad económica y a la impunidad, ha obstaculizado los procesos de recuperación individual y colectiva.

Alberich (2008) describe el impacto en el plano social, como el debilitamiento y las rupturas en las redes de apoyo mutuo comunitario que afectan la capacidad de sostén colectivo y la organización comunitaria. Aunque el autor no analiza la masacre de Bojayá como tal, su análisis con lo ocurrido en esta comunidad, la masacre desestructuró y destruyó profundamente el tejido comunitario. La pérdida de líderes, la desaparición de redes de apoyo mutuo y el desplazamiento forzado generaron una ruptura en la confianza, la solidaridad y el sentido de pertenencia. Familias enteras se vieron obligadas a abandonar sus hogares, dejando atrás no solo sus casas y sus cultivos, sino también sus muertos y sus historias. El miedo a la repetición de la violencia condiciona incluso la libertad de expresión y locomoción de la población. Sin embargo, en medio del dolor también emergió una nueva identidad compartida: muchos habitantes dejaron de reconocerse únicamente como vecinos para asumirse como víctimas de una misma tragedia, lo que permitió, en parte, sostener una resistencia simbólica frente al olvido.

En el nivel cultural, los impactos fueron igual o incluso se podría decir que peor de devastadores. La destrucción de la iglesia, el cual representa un espacio espiritual y centro simbólico de la comunidad, no solo significó una pérdida física, sino también una interrupción abrupta de los ritos religiosos, de su fe y de los modos tradicionales de despedir a los muertos. La imposibilidad de realizar cantos, rezos y rituales como el walí, las novenas o las velaciones, dejó a la comunidad sin herramientas simbólicas para elaborar y abordar el duelo. Tal como señalan

Osorio et al. (2011), los espacios y prácticas rituales son parte de una “*cartografía simbólica*” que sostiene la memoria y la identidad colectiva; cuando estos espacios se destruyen, se rompe también una parte del mapa cultural que orienta la vida comunitaria. Además, se afectaron gravemente la transmisión de tradiciones, la convivencia intergeneracional, las prácticas espirituales y la reafirmación identitaria. La masacre no solo marcó la historia política del país, sino que también representó un hito doloroso en la memoria cultural del pueblo de Bojayá.

La masacre de Bojayá no solo cobró vidas, sino que vulneró los derechos fundamentales y dejó heridas que aún no sanan. La comunidad fue víctima de una cadena de omisiones institucionales y de una prolongada historia de exclusión. Los impactos desde lo bio-psico-socio-cultural se siguen manifestando en el presente, en cuerpos que aún tiemblan, en silencios que aún duelen y en cantos que aún piden justicia. A pesar de ello, los procesos de memoria, los liderazgos comunitarios, los rituales resignificados y la búsqueda de reparación colectiva muestran que también hay una lucha viva por transformar ese dolor en dignidad.

Del Horror a la Esperanza: Símbolos de Violencia, Resiliencia y Transformación

En Bojayá, especialmente en la comunidad de Bellavista, los símbolos de violencia no solo cuentan el dolor que ha vivido la gente, también funcionan como herramientas de resistencia, reconstrucción y dignidad. El documental muestran tanto la violencia sufrida como las respuestas resilientes y las formas en que la comunidad ha logrado transformarse con el tiempo. El símbolo más claro del horror es la propia masacre, la cual es una herida que sigue abierta. Las ruinas del pueblo, aún en pie, no solo son restos físicos. Son testigos mudos de lo que pasó, cargando el peso del dolor emocional, social y espiritual de una comunidad marcada por la tragedia y la muerte. Esas ruinas también cuentan otra historia, la de un pueblo que se niega a olvidar y que, desde el propio dolor, va reconstruyendo su memoria y su dignidad. Esto

es de profundo valor, como señala White (2016), al reconstruir memoria y dignidad las comunidades se reconocen no solo como víctimas, sino como sujetos de dignidad y lucha.

Otro símbolo fuerte de la violencia son los cilindros de gas. En Bojayá, la gente los usa todos los días para cocinar, pero la guerrilla los convirtió en armas mortales. Las armas de los grupos armados siempre recordarán la brutalidad y la amenaza constante del conflicto. Vera et al., (2006) describen esta situación como un impacto traumático en la percepción de seguridad y en la forma de habitar el mundo. Pero no todo es símbolo de violencia, entre los símbolos de resiliencia, la iglesia ocupa un lugar especial. Aunque fue el escenario de la masacre, para muchos siguió siendo un refugio, un espacio de fe y esperanza, donde creían que los grupos armados respetarían lo sagrado, ya que como cuentan el video en esa iglesia había más de 500 personas buscando refugio, y aunque murieron bastantes personas, para mucho fue un refugio donde salieron ilesos. Esa esperanza fue traicionada, sí, pero la iglesia se reconstruyó. Ahora es un lugar de memoria viva, un espacio donde la espiritualidad y el recuerdo siguen presentes.

El símbolo más poderoso, sin duda, es el Cristo mutilado. Sobrevivió al ataque, destrozado, pero aún de pie. Esta figura une lo espiritual y lo humano; es el reflejo de un pueblo que transforma el sufrimiento en fuerza. Aunque le faltan las piernas, el Cristo “*camina con su gente*”, como dicen en Bojayá. Lo han llevado hasta la Plaza de Bolívar, no solo como acto de fe, sino como una denuncia y una exigencia de verdad y justicia. Desde un punto de vista de la psicología positiva, Vera et al. (2006) explica y muestra que en ciertos contextos, el sufrimiento puede dar lugar a procesos de resiliencia y crecimiento postraumático. Esto es precisamente lo que significa el Cristo mutilado para esta comunidad. Este símbolo es convertido en ícono de peregrinación y protesta, y transforma de alguna manera, el dolor en fuerza moral y en símbolo de resistencia.

También está el proceso de exhumación e identificación de los cuerpos, que más allá de lo forense, es una forma de devolverles humanidad a quienes la violencia quiso borrar. No es solo un trámite legal, es un ritual colectivo. Ahí, el duelo se transforma en algo compartido, en reconstrucción y en la búsqueda de paz después de tanta incertidumbre. La historia del sacerdote que decidió quedarse en Bojayá después de la masacre es otro símbolo potente. Su presencia fue clave, no solo para levantar la iglesia otra vez, sino para sostener a la gente, a las familias y a la esperanza. Él representa la continuidad de la fe, la autoridad moral y ese acompañamiento silencioso que ayuda a mantener unida a la comunidad. Desde la perspectiva de Alberich (2008), el sacerdote representa un punto central para el fortalecimiento del tejido social, facilitando procesos de organización y acompañamiento.

Visto desde lo psicosocial, todo esto muestra que el trabajo con víctimas tiene que entender los lenguajes simbólicos como caminos para devolverles dignidad. Cuando las palabras no alcanzan, aparecen las imágenes, los objetos, los cantos, los rituales y hasta los silencios. Todo eso ayuda a resignificar el dolor. Como decían mis compañeras, aquí el duelo no es algo individual ni lineal; es algo que se vive en comunidad, se canta, se recuerda y se lucha. Al final, Bojayá enseña que la memoria puede sanar. Que las víctimas no son solo personas marcadas por el sufrimiento, sino también agentes de cambio. Gracias a sus símbolos, Bojayá no se quedó atrapado en la narrativa del horror. Lograron construir otra historia, donde la fuerza espiritual, la resistencia colectiva y la dignidad que nace del recuerdo tienen el papel principal.

Estrategias de Intervención Psicosocial

Tabla 2

Estrategia de Intervención Psicosocial No.1 “Raíces y caminos: Construyendo desde el Arte, la Unión y el Cambio”

Nombre de la estrategia	Descripción fundamentada	Objetivo general	Fases y tiempo estimado	Acciones por implementar	Impacto deseado
Raíces y caminos: construyendo desde el arte la unión y el cambio	La estrategia se fundamenta en la psicología cultural y en los aportes de Bruner (1990) y Vygotsky (1979), quienes plantean que el ser humano construye su identidad y el sentido de su experiencia a través del lenguaje, la cultura y las narrativas compartidas. También se recoge el enfoque de la Comisión de la Verdad (2022), que reconoce el arte y la narración como herramientas de sanación, memoria y resistencia, especialmente en contextos de	Potenciar los proyectos de vida de los habitantes de Bojayá a través de herramientas creativas y formativas que impulsen la reconstrucción del sentido de futuro, la sanación emocional y el fortalecimiento del tejido comunitario.	Fase 1. Reconocimiento y vínculo emocional (1 semana) Fase 2. Reconstrucción y fortalecimiento del proyecto de vida (3 semanas) Fase 3. Realización y creación artística comunitaria (3 semanas) Fase 4. Cierre y evaluación de proceso (1 semana)	Acción 1. Creación de un espacio seguro, destinado a la escucha activa y al diálogo, donde las personas de la comunidad puedan compartir y expresar sus experiencias y emociones en el contexto del conflicto. Acción 2. Taller de unión y empoderamiento comunitario, promoviendo la autonomía, la participación y la construcción colectiva de su comunidad. Acción 3. Taller dónde a través de diferentes expresiones artísticas, se resignifican las experiencias del pasado, promoviendo la	Esta estrategia de intervención psicosocial busca generar un impacto profundo y transformador en la comunidad de Bojayá. A través del arte y la música, se crearán espacios de encuentro donde niños, niñas, jóvenes y personas adultas puedan expresar sus vivencias, reconectarse con sus memorias y fortalecer los lazos que sostienen la vida comunitaria

violencia
sociopolítica.

expresión
emocional, el
fortalecimiento de
la identidad
colectiva y la
reconstrucción de la
memoria histórica.
Acción 4.
Evaluación de
cierre y avance
comunitario donde
la comunidad
reflexiona sobre los
aprendizajes
obtenidos, los
cambios alcanzados
y la identificación
de fortalezas y
aspectos por
mejorar.

Nota. Descripción de actividades propuestas de intervención psicosocial. *Fuente.* autoría propia

Tabla 3*Estrategia de Intervención Psicosocial No.2 “Sanar desde la Memoria Colectiva”*

Nombre de la estrategia	Descripción fundamentada	Objetivo general	Fases y tiempo estimado	Acciones por implementar	Impacto deseado
Sanar desde la memoria colectiva	Esta estrategia se fundamenta en el enfoque psicosocial propuesto por Martín-Baró (1990) y Montero (2010), quienes destacan la importancia de reconstruir el tejido social desde la memoria y el reconocimiento de las huellas del conflicto. En el caso de Bojayá, la intervención se enfoca en la resignificación del trauma vivido mediante procesos narrativos y artísticos que promueven la recuperación emocional y la cohesión social.	Fortalecer el bienestar psicosocial de la comunidad de Bojayá mediante la resignificación del dolor, la reconstrucción de vínculos solidarios y el fortalecimiento de la memoria histórica como herramienta de transformación y reparación simbólica	Fase 1. Diagnóstico participativo. Identificación de afectaciones emocionales y recursos comunitarios. (2 semanas), Fase 2. Fortalecimiento emocional y narrativo. Espacios para la narración de experiencias y expresión simbólica del duelo. (1 mes) Fase 3. Reencuentro y reconciliación. Actividades de memoria y diálogo restaurativo. (1 mes) Fase 4 Empoderamiento y liderazgo local. Acompañamiento psicosocial y diseño de proyectos comunitarios. (1 mes) Fase 5 Evaluación y cierre. Socialización de aprendizajes y logros colectivos. (2 semanas)	Acción 1. Convocatoria y sensibilización comunitaria. Acción 2. Talleres psicosociales de memoria, duelo y resiliencia. Acción 3. Actividades culturales y conmemorativas (rituales, murales, cantos). Acción 4. Fortalecimiento de redes de apoyo y liderazgo juvenil. Acción 5. Evaluación participativa y cierre colectivo.	Individual. Procesos de sanación emocional y reconstrucción del sentido de vida. Grupal. Recuperación de la confianza, fortalecimiento de vínculos y empatía comunitaria. Comunitario. Reafirmación de la memoria viva, el empoderamiento social y la no repetición del conflicto.

Nota. Descripción de actividades propuestas de intervención psicosocial. *Fuente.* autoría propia

Tabla 4

Estrategia de Intervención Psicosocial No.3 “Escuchar para Sanar”

Nombre de la estrategia	Descripción fundamentada	Objetivo general	Fases y tiempo estimado	Acciones por implementar	Impacto deseado
Escuchar para sanar	Esta estrategia se fundamenta en la teoría humanista de Carl Rogers (1951), quien plantea que el crecimiento emocional se potencia en espacios seguros donde las personas se sienten aceptadas de forma incondicional, escuchadas y comprendidas sin juicio. Se articula con el enfoque de María Jesús Álava Reyes (2012), quien destaca la importancia del acompañamiento emocional y del autocuidado como caminos hacia la recuperación del bienestar tras experiencias traumáticas.	Promover el bienestar emocional y relacional en personas afectadas por situaciones de violencia, a través de espacios de escucha activa, validación emocional y autocuidado, que favorezcan la expresión de las emociones, la reconstrucción del sentido vital y el fortalecimiento de recursos personales.	Fase 1. Diagnóstico, lectura contraste, y vinculación emocional con la comunidad (1 semana) Fase 2. Exploración emocional y escucha activa (3 semanas) Fase 3. Estrategias de autocuidado y fortalecimiento o personal (3 semanas) Fase 4. Cierre con devolución simbólica (1 semana)	Acción 1. Convocatoria respetuosa y generación de un entorno de confianza. Acción 2. Sesiones grupales e individuales para nombrar y validar emociones (uso de técnicas de visualización, metáforas, escritura o arteterapia emocional). Acción 3. Espacios reflexivos sobre autocuidado y autoapoyo mutuo. Acción 4: Elaboración de una carta a sí mismos/as como símbolo de reconstrucción y cierre emocional. Acción 5: Evaluación participativa del proceso.	Individual. Reconexión con la vida emocional, mayor comprensión y aceptación de sí mismo/a, fortalecimiento del autocuidado. Grupal. Mejora en la empatía, cohesión, expresión emocional y reconocimiento de la experiencia del otro. Social. Contribución a la salud mental comunitaria mediante procesos seguros de escucha y validación emocional.

Nota. Descripción de actividades propuestas de intervención psicosocial. *Fuente.* autoría propia

Informe Reflexivo y Analítico de la Experiencia sobre las Imágenes y las Narrativas

El presente documento de reflexión aborda la aplicación de la técnica foto voz, entendida como una herramienta de expresión comunitaria que permite narrar realidades desde las imágenes y fortalecer procesos de memoria colectiva (Montoya, 2020), desarrolla en distintas regiones de Colombia, específicamente en el barrio Villa Luz del Distrito de Aguablanca (Cali), el sector Puente El Pindo (Tumaco, Nariño), el barrio Nuevo Armenia (Armenia, Quindío), en la vereda Bocas del Palo (Jamundí, Valle del Cauca) y en Cali.

Esta reflexión se estructura a partir de cinco líneas de análisis que abordan la relación entre territorio, subjetividad, memoria, afrontamiento y transformación social. Cada experiencia foto voz socializada, evidencia cómo la violencia se inscribe en los espacios cotidianos y no esperados, donde una calle vacía puede evocar miedo o una memoria dolorosa. Al mismo tiempo, la imagen fotográfica y la narrativa permiten reconocer símbolos de lucha y esperanza, revelando que el territorio es también un espacio de resignificación.

El Territorio No Habla, el Territorio Grita

Más allá del espacio físico, un territorio es un entramado simbólico donde convergen memorias, afectos, heridas y esperanzas. Cantera (2009) y Delgado (2017) han mostrado que la imagen y la fotografía posibilitan una lectura simbólica del contexto social desde su propio territorio. En el barrio Nuevo Armenia, las huellas de diferentes formas de violencia están presentes de manera estructural, familiar, territorial e institucional. Las fotografías revelan cómo los habitantes del barrio ocupan y resignifican el lugar, mostrando tensiones entre el silencio aparente y el dolor que se esconde tras las fachadas y las cuatro paredes de sus hogares. Las calles vacías, los muros de ladrillo, las escaleras improvisadas, todo esto es más que paisaje urbano. Son testigos de gritos callados y exclusión sistemática, pero también de persistencia. Sin

embargo, otras imágenes como una cruz de bambú y flores entre los escombros evidencian que siempre hay espacio para la espereza.

En la vereda Bocas del Palo, en el municipio de Jamundí (Valle del Cauca), el ejercicio permitió reconocer la profunda relación entre el territorio, la memoria y la subjetividad colectiva de sus habitantes. Las fotografías no solo capturan escenas del entorno cotidiano, sino que se convierten en testimonios visuales del modo en que la comunidad habita, resignifica y se apropia del espacio tras años de violencia y abandono estatal. El contexto territorial adquiere un valor simbólico y vinculante, pues cada elemento (las casas, los caminos de tierra, los árboles y los espacios comunitarios) refleja la historia compartida y las huellas de un pasado de exclusión, pero también la esperanza de reconstrucción.

El contexto del Puente El Pindo, en Tumaco, representa más que un espacio geográfico; es un territorio cargado de memorias, significados y luchas que configuran la identidad de su comunidad. En este sentido, el Puente El Pindo no es solo un escenario afectado por la desigualdad y el abandono, sino también un espacio de resistencia y esperanza, donde los lazos entre vecinos fortalecen el tejido social y permiten sobrellevar la adversidad. En este lugar, el territorio no solo se habita, sino que se siente y se defiende, convirtiéndose en un punto de encuentro entre la historia personal y colectiva. Cada imagen refleja que, a pesar de la precariedad, el territorio sigue siendo un lugar de construcción de identidad, donde la comunidad reafirma su valor y su capacidad de transformar la realidad a partir de la unión y la solidaridad. Mis fotografías muestran ese vínculo entre la gente y su entorno: las calles deterioradas, los hogares humildes y los espacios de encuentro se transforman en símbolos de pertenencia.

El Distrito de Aguablanca, al oriente de Cali, y en particular el barrio Villa Luz, no es solo un mapa de vulnerabilidad dado su origen en la ocupación informal del suelo y la violencia

urbana como parte de la cotidianidad, sino un territorio resignificado por sus habitantes, que con los bolsillos llenos de esperanza buscaron un lugar donde habitar y arraigar a sus familias. Las imágenes de muros pintados, plantas que brotan en la adversidad, animales que crecen inocentes en el calor de un hogar, funcionan como vínculos socioafectivos y símbolos que unen a la comunidad. El pasaje que conduce al corazón del barrio, recorrido por quienes salen a trabajar, convierte una simple vía en un “recorrido de la esperanza” que se cruza con temor y caminando rápido, dependiendo de la hora, dada la delicada situación de seguridad. Este territorio, surgido del desplazamiento y la necesidad, se consolida como un lugar de pertenencia, un anclaje que brinda estabilidad frente a la incertidumbre. La resistencia se expresa incluso en la arquitectura: la “Casa Enchapada” simboliza la inversión emocional y física en el territorio, donde el enchapado no es adorno, sino una declaración de permanencia, una “victoria silenciosa” que afirma la identidad y el derecho a habitar dignamente.

Finalmente, este ejercicio permite comprender de una manera más directa las situaciones presentadas en cada lugar. Estar más cerca de estos territorios ayuda a interiorizar problemáticas que, en ocasiones, distan de nuestra realidad individual al no ser vividas directamente, pero que desde lo colectivo nos interpelan como sociedad y como nación. Permite sentirse parte de esas realidades, apropiarse de ellas y hasta compartir el dolor de quienes han sido víctimas, sin importar su pensamiento, rol participativo o grupo social. En el caso de la ciudad de Cali, en el contexto del estallido social, esto se hace especialmente evidente. Las imágenes permiten acercarse a esas historias y territorios con una mirada empática, reconociendo que los espacios no hablan si que gritan.

Metaforas del Dolor y la Esperanza

Para Rodríguez y Cantera (2016), la foto voz, explora la violencia desde una mirada simbólica, transformando lo visible en metáfora. En este ejercicio, lo simbólico surge como una forma de comunicación silenciosa que revela la subjetividad de quienes, desde la cotidianidad, enfrentan los efectos de la desigualdad y la exclusión. Las imágenes fotográficas no muestran la violencia de forma directa; esta se evoca mediante silencios, ausencias y objetos cargados de sentido. Una calle vacía se lee como metáfora del miedo; un parqueadero en aparente calma tiene memoria de muerte. Este es el caso del barrio Nuevo Armenia, donde en un mismo parqueadero murió un niño a causa de enfrentamientos entre pandillas, y donde una casa improvisada de recicladores visibiliza la precariedad y el abandono institucional.

Allí también se encuentran la cruz de guadua y las flores brotando entre escombros, que representan fe, resistencia y capacidad de resignificar el dolor. Estas imágenes muestran valores subjetivos como la dignidad, la solidaridad y el anhelo de transformación. Como señala Delgado (2017), la imagen se vuelve herramienta pedagógica y terapéutica para narrar el sufrimiento desde un lugar de reconstrucción simbólica. Lo cotidiano se transforma en lenguaje y lo marginal en testimonio. Según Beristain (2012), los símbolos permiten transformar la experiencia del sufrimiento en sentido, posibilitando la comprensión del daño y la reconstrucción del tejido social. La subjetividad se construye a partir de la manera en que las personas interpretan y resignifican su entorno, como ocurre también en la vereda Bocas del Palo, donde las fotografías no solo evocan el dolor del conflicto, sino que revelan valores como la fe, la unión y la esperanza frente al abandono estatal.

También en cada fotografía tomada en el sector del Puente El Pindo, en Tumaco, expresa mucho más que una imagen, es una representación simbólica de las emociones, pensamientos y

vivencias que atraviesan a la comunidad. Cada imagen capturada representó una forma de entender cómo la comunidad expresa lo que siente sin necesidad de palabras. Las calles deterioradas, las viviendas humildes y los rostros de las personas reflejan historias de esfuerzo, dolor y esperanza. Desde esta mirada, la Foto Voz permitió que las emociones colectivas se convirtieran en mensajes visuales: los muros desgastados, las miradas profundas y los espacios compartidos se transformaron en metáforas del coraje y la resistencia. Lo simbólico no solo está en lo que se ve, sino en lo que se intuye: la esperanza en medio de la precariedad, la unión ante la adversidad y el deseo de transformar el presente. Así, la fotografía se convierte en una herramienta que visibiliza la subjetividad colectiva y promueve la empatía hacia las realidades que permanecen ocultas.

En el caso del barrio Villa Luz, lo simbólico permite a los habitantes ir más allá de la etiqueta de "víctima" impuesta por la violencia estructural (Rodríguez & Cantera, 2016): en el latido de la humanidad: la narrativa del "El Corazón en la Pared" es la metáfora de la resistencia clandestina del amor. En medio de muros desgastados, el amor y la inocencia del cachorro, el gatito no han sido borrados. Estos actos de ternura son un acto subjetivo de rebeldía que afirma que la capacidad de amar y la alegría humana persisten, dotando de sentido a la lucha diaria donde la dignidad en el arraigo un objeto cotidiano, como el lavadero, se carga de significado y valor.

De igual forma, durante el estallido social en la ciudad de Cali, la subjetividad se expresó también a través de símbolos colectivos. En este contexto, el *Monumento a la Resistencia*, ubicado en el sector de Puerto Rellena, se convirtió en un emblema de lucha por la libertad, la superación, la dignidad y la justicia social. Aunque los métodos empleados hayan sido violentos y cuestionados, lo que representa el monumento para la comunidad que lo creó es profundamente

simbólico, ya que refleja el dolor acumulado, la esperanza de cambio y la fuerza colectiva que emerge frente a la opresión. En todos estos contextos, la imagen actúa como lenguaje simbólico que revela lo subjetivo, permitiendo resignificar el daño y narrar la experiencia desde un lugar de sentido.

Fotografías que Tejen Memoria

Montoya (2020) sostiene que la técnica de foto voz posibilita que las comunidades narren su historia desde sus propias imágenes, generando procesos de memoria colectiva y empoderamiento. Durante esta experiencia, cada fotografía se convirtió en una memoria viva. En el barrio Nuevo Armenia (Armenia, Quindío), por ejemplo, el parqueadero se transforma en un altar silencioso que recuerda a las víctimas de enfrentamientos entre pandillas; la invasión, en símbolo de desigualdad pero también de lucha; y la Fundación Semillas de Amor emerge como espacio de reparación y esperanza. Cada imagen guarda una historia, un recuerdo o una emoción que permite reflexionar sobre lo vivido y sobre la necesidad de transformación.

Según Jelin (2002), la memoria es una práctica social construida desde las experiencias compartidas que da sentido al pasado para proyectar el futuro. En la vereda Bocas del Palo (Jamundí, Valle del Cauca), las imágenes no solo evocan el dolor del conflicto, sino que también expresan la esperanza y la capacidad de los habitantes para reconstruir vínculos, recuperar su dignidad y reafirmar su identidad territorial. La fotografía y la narrativa actúan como herramientas de sanación simbólica que fortalecen la memoria colectiva y permiten transformar las heridas del pasado en aprendizajes compartidos. En el Puente El Pindo (Tumaco, Nariño), comprendimos que la imagen puede ser una forma de mantener viva la memoria de la comunidad. Las fotografías se convirtieron en testimonios visuales que visibilizan las voces de quienes resisten en medio de la adversidad. La foto voz permitió que la narrativa acompañara a

la imagen como un acto de reconocimiento y dignificación, fortaleciendo el tejido emocional y simbólico del territorio.

En el barrio Villa Luz, Distrito de Aguablanca (Cali), la memoria se construyó también desde símbolos resilientes. La narrativa visual de “El papayo en la grieta” representa el crecimiento de las familias y los niños en medio de la adversidad, florecer y dar fruto en lo hostil. Los dibujos sonrientes hechos por los niños sobre muros de ladrillo, aunque marcados por la precaución, transforman ese muro en un lienzo de posibilidades, marcando una memoria de esperanza e inocencia que se espera no sea borrada por la violencia.

Finalmente, en Cali, uno de los principales epicentros del estallido social, las fotografías representaron de forma simbólica lo ocurrido durante las protestas, que dejaron víctimas entre civiles y miembros de las fuerzas estatales. Las experiencias socializadas en todas las fotografías expresan que la imagen y la narrativa no solo documentan lo vivido, sino que activan procesos de memoria viva que dignifican la experiencia del dolor y fortalecen el sentido de pertenencia. Cada fotografía se transforma en motivo de superación y resiliencia. Así, la foto voz nos permitió ver que lo ocurrido no solo debe contarse, sino también ser recordado con dignidad y transformado en acción reparadora y la no repetición.

Rastros de Resiliencia y Esperanza

Desde la perspectiva psicosocial, los recursos de afrontamiento visibles en las fotografías responden a lo que Delgado (2017) denomina estrategias de autogestión comunitaria, que son acciones pequeñas pero fundamentales que sostienen la vida colectiva. En el Nuevo Armenia, la resiliencia se manifiesta en la creatividad con que las familias enfrentan la precariedad, en la labor dignificada de los recicladores, en la fe representada por la cruz, y en la acción pedagógica de la Fundación Semillas de Amor. En Tumaco, las fotografías del Puente El Pindo evidencian

cómo, pese a las múltiples adversidades, la comunidad ha desarrollado formas de afrontamiento basadas en la solidaridad y el apoyo mutuo. Como explica Jelin (2002), la resiliencia surge del vínculo afectivo y de la capacidad de reconstruirse tras la herida.

En el barrio Villa Luz del Distrito de Aguablanca, en Cali, la experiencia de Foto Voz visibilizó recursos de afrontamiento profundamente arraigados en la vida cotidiana. Las imágenes y símbolos reflejan dinámicas psicosociales como la resiliencia colectiva representada en el “papayo en la grieta”, símbolo de la capacidad de florecer incluso en condiciones hostiles. Los peldaños de madera representan una lucha constante por salir adelante, como un “acto de fe” frente a la pobreza. La adopción de un cachorro o un gato simboliza el derecho al afecto y a la alegría, funcionando como muro emocional frente a la hostilidad urbana. Objetos como el lavadero nuevo o la “casa enchapada” expresan conquistas cotidianas que afirman dignidad, permanencia y la certeza de que el esfuerzo construye un futuro.

En la vereda Bocas del Palo, las imágenes y narrativas revelan manifestaciones de resiliencia comunitaria frente a la violencia y el abandono estatal. Cada fotografía refleja la fuerza colectiva para reconstruir el territorio y mantener viva la esperanza. Símbolos como la cruz de bambú, los espacios comunales recuperados expresan la capacidad de la comunidad para transformar el dolor en memoria y acción, reafirmando su identidad y su compromiso con la vida y la reconstrucción social. Finalmente, las fotografías que recuerdan las distintas manifestaciones resilientes podemos ver como cada uno de los actos violentos deja como aprendizaje que historias como estas no deben repetirse, y la resiliencia ha sido y será parte vital para la transformación en la vida de las víctimas y sus familias, que deben renacer o rehacer sus historias de vida de acuerdo a las afectaciones que hayan tenido, no quedarse sumidos en el

dolor, no repetir la historia, decidir y actuar con base en medios que no sean la violencia son las principales actitudes que como mecanismos de afrontamiento deja este suceso social.

En todos los contextos retratados, Armenia, Tumaco, Cali y Jamundí, las imágenes y narrativas evidencian que la resiliencia no es un rasgo individual aislado, sino una fuerza colectiva que se expresa en la cotidianidad, vínculos, y formas creativas de resistir. Los recursos de afrontamiento surgen desde lo territorial, la autogestión comunitaria y el deseo profundo de dignificar la vida a pesar de la adversidad. Ya sea en un lavadero, una cruz de guadua, o un fruto que brota entre grietas, las personas reafirma su derecho a existir con dignidad.

Un Futuro Sostenible

La experiencia foto voice desarrollada en Armenia, Tumaco, Cali y Jamundí permitió evidenciar cómo las comunidades, desde sus contextos de exclusión y violencia, activan procesos de transformación que se articulan directamente con varios Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). En todos los territorios, el ODS 16 (Paz, justicia e instituciones sólidas) se manifestó como un eje central, al visibilizar las huellas de la violencia estructural y promover narrativas de resistencia, memoria viva y construcción de paz desde lo cotidiano. El ODS 1 (Fin de la pobreza) y el ODS 10 (Reducción de desigualdades) se hicieron evidentes en las estrategias de autogestión comunitaria, como las escaleras de madera, la dignificación del trabajo informal, mostrando cómo las comunidades construyen condiciones de vida más dignas desde sus propias capacidades. En contextos como el de Villa Luz, en Cali, se reflejó también el ODS 5 (Igualdad de género), al reconocer el rol protagónico de muchas mujeres en la organización barrial y la reconstrucción del hogar. Asimismo, el ODS 11 (Ciudades y comunidades sostenibles) se expresó en la forma en que los territorios resignifican sus espacios y la transformación en memorias para la no repetición.

Conclusiones

La violencia no es el punto final de la historia, sino un episodio desafortunado que da paso a una nueva narrativa donde la agencia de los sobrevivientes toma protagonismo. En este trabajo, se analizaron dos escenarios de violencia, profundamente dolorosos, pero llenos de enseñanzas y esperanza. Los testimonios de *“El exilio. La Colombia fuera de Colombia”* u el caso *“Bajaya: entre fuegos cruzados”*, permiten comprender el conflicto armado colombiano, no solo en cifras, sino desde la experiencia encarnada de quienes han sufrido persecución, desarraigo, masacres y abandono institucional. Desde una perspectiva psicosocial, el análisis buscó identificar emergentes psicosociales, significados o símbolos y recursos de afrontamiento, también reflexionar sobre la identificación como víctima y sobreviviente, que se expresan en las narrativas de las víctimas, todo esto desde un punto de vista en que la violencia no solo como un hecho individual, sino un fenómeno histórico y estructural que impacta la subjetividad y el tejido social (Martín-Baró, 1990; Beristain, 2012).

En el caso del exilio, los testimonios muestran que no se trata de una simple migración, sino de una ruptura radical emocional, marcada por el miedo, la persecución y el sentido de iniciar desde cero. Las personas relatan duelos como por la familia, el país, la profesión, la identidad y el sentido de pertenencia. La falta de reconocimiento del exilio como hecho victimizante agrava la sensación de abandono y desprotección (Beristain, 2012), generando duelos inconclusos y sufrimientos que tienden a volverse crónicos cuando no existe acompañamiento adecuado (Echeburúa, 2007; Díaz Barriga et al., 2020). Sin embargo, en estas voces también emergen recursos de resiliencia, como el aprender otro idioma, reconstruir proyectos de vida, criar a los hijos en nuevos contextos, cantar en el metro de Nueva York para seguir conectados con la tierra de origen. Tal como plantean Vera et al. (2006), estos procesos

pueden entenderse como formas de crecimiento postraumático, mientras que, desde la perspectiva narrativa, White (2016) muestra cómo las personas elaboran una “*doble historia*”, la del daño y a su misma vez la de la resistencia y la agencia.

En Bojayá se observan emergentes similares, pero atravesados por la brutalidad de una masacre que marcó para siempre la memoria local y nacional. Los impactos bio-psico-socio-culturales se hacen visibles en los cuerpos mutilados, en los traumas persistentes, en la desestructuración de las redes comunitarias y en la interrupción de los rituales religiosos y funerarios que organizaban la vida espiritual del pueblo (Echeburúa, 2007; Alberich, 2008; Osorio et al, 2011). La destrucción de la iglesia, la imposibilidad de realizar el *walí* o las novenas y la dificultad para despedir dignamente a los muertos muestran cómo la violencia alcanza también la “cartografía simbólica” que da sentido al territorio y a la identidad colectiva (Osorio et al, 2011; Vásquez, 2010). No obstante, la comunidad de Bojayá ha transformado símbolos de horror, como por ejemplo el Cristo mutilado, en símbolos de denuncia, resistencia espiritual y exigencia de justicia, encarnando la idea de que el sufrimiento, acompañado y resignificado colectivamente, puede abrir camino a la resiliencia y al crecimiento (Vera et al., 2006; White, 2016). Así, Bojayá no solo permanece como una herida abierta en la memoria histórica del país, sino también como un recordatorio ético de que la verdad, la justicia y la reparación no son concesiones, sino condiciones necesarias para garantizar que la violencia no vuelva a ser destino, sino memoria transformada en paz y dignidad colectiva.

La violencia no es el punto final de la historia, sino un episodio desafortunado que da paso a una nueva narrativa donde la agencia de los sobrevivientes toma protagonismo. Desde una perspectiva psicosocial, la transición de la identidad de víctima a sobreviviente se convierte en un acto de dignificación fundamental para la experiencia humana. Tal como plantea la psicología

narrativa, en estos testimonios se teje una doble historia, una contra narrativa que devela la del trauma vivido y, simultáneamente, la de la resistencia, la reconstrucción y la resignificación de un sentido vital (White, 2016). Esta doble historia permite a las personas y comunidades no quedar sumidas en el dolor, sino rehacer sus historias de vida desde la transformación del relato que no olvida, pero sí sana. Generar espacios de reflexión profunda sobre escenarios de violencia, a través del análisis del exilio, de la masacre de Bojayá y de ejercicios como la fotovoz, nos muestra y enseña que aunque el pasado esté marcado por el horror y el desarraigo, existe una capacidad inquebrantable de resiliencia y transformación que emerge desde lo individual y cobra mayor fuerza en lo colectivo (Vera et al., 2006; Montoya, 2020).

En definitiva, la conclusión más relevante es que, ante la amenaza y el dolor de la violencia, la transformación se logra a través de la memoria viva y la resiliencia activa. Esta apuesta por la memoria, la verdad y la reparación se alinea con los Objetivos de Desarrollo Sostenible, especialmente con aquellos orientados a la paz, la justicia y el fortalecimiento de las instituciones, mostrando que las voces de las víctimas no solo narran el pasado, sino que orientan la construcción de un país más justo y humano.

Referencias Bibliográficas

- Alberich Nistal, T. (2008). *IAP, redes y mapas sociales: Desde la investigación a la intervención social*. Portularia. Revista de Trabajo Social, 8(1), 131–151.
- Beristain, C. M. (2012). *Reconstruir el tejido social: Un enfoque crítico de la atención psicosocial a víctimas de violencia*. Universidad de Deusto.
- Bruner, J. (1990). *Actos de significado*. Alianza Editorial.
- Cantera, L. (2009). *La foto intervención como herramienta docente*. Revista de Enseñanza de la Psicología: Teoría y Experiencia Vol. 5 (1).
- Comisión de la Verdad. (2023). *El exilio. La Colombia fuera de Colombia* [Video]. Serie Anímate a la Verdad, Capítulo 2.
- Cyrulnik, B. (2002). *Los patitos feos: La resiliencia, una infancia infeliz no determina la vida*. Editorial Gedisa. Referencia informativa: https://www.gedisa.com/libro/los-patitos-feos_6005/.
- Delgado, B. (2017). La imagen como herramienta de intervención comunitaria. [Objeto_virtual_de_Informacion_OVI]. <http://hdl.handle.net/10596/1303>.
- Díaz Barriga, S. P., & Del Toro Valencia, M. P. (2020). La intervención en crisis en situaciones traumáticas. *Congreso Internacional de Investigación Academia Journals*, 12(1), 1297–1302.
- Echeburúa, E., & de Corral, P. (2007). *Intervención en crisis en víctimas de sucesos traumáticos: ¿Cuándo, cómo y para qué?*. Psicología Conductual, 15(3), 373–387.

- Grupo Banco Mundial. (2009). *Voces: Relatos de violencia y esperanza en Colombia*. Banco Mundial.
- Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Siglo XXI Editores. Disponible en:
https://www.sigloxxieditores.com/libro/los-trabajos-de-la-memoria_242
- Martínez, A. (2015). *El arte de preguntar: Preguntas que generan posibilidad en víctimas del conflicto armado* [Video]. Estrategia Pedagógica de la Dirección de Pedagogía, Comisión de la Verdad.
- Martín-Baró, I. (1990). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. UCA Editores.
- Montero, M. (2003). *Teoría y práctica de la psicología comunitaria: La tensión entre comunidad y sociedad*. Paidós.
- Montero, M. (2010). *Teoría y práctica de la psicología comunitaria: La tensión entre comunidad y sociedad*. Paidós.
- Montoya, E. (2020). *Foto voz como técnica de investigación en jóvenes migrantes de retorno. Trayectorias migratorias, identidad y educación*. p. 15 -49.
- Nensthiel, M. (2015). *Historias que transforman: El poder de la narrativa en contextos de violencia* [Video]. Estrategia Pedagógica de la Dirección de Pedagogía, Comisión de la Verdad.
- ONU. (2015). *Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS)*. Naciones Unidas. Disponible en: <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/>

Osorio Campillo, H., & Rojas Sánchez, E. (2011). *La cartografía como medio investigativo y pedagógico*. *Dearq. Revista de Arquitectura*, 9, 30–47.

Rodríguez R. Cantera, L. (2016). *La foto intervención como instrumento de reflexión sobre la violencia de género e inmigración*. En *Temas en Psicología*, Vol. 24, n° 3, pp. 927 - 945.

Vásquez, O (2010) *Sensibilidad al conflicto. Principios, estrategias metodológicas y herramientas*. Unidad 6: formulación de estrategias. planeación o re-diseño de proyectos de la sensibilidad al conflicto P. 66-80. <https://bivipas.unal.edu.co/handle/10720/356>.

Vera, B., Carbelo, B., & Vecina, M. L. (2006). *La experiencia traumática desde la Psicología Positiva: Resiliencia y crecimiento postraumático*. *Papeles del Psicólogo*, 27(1), 40–49.

Vygotsky, L. S. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Grijalbo.

White, M. (2016). *El trabajo con personas que sufren las consecuencias de trauma múltiple: Una perspectiva narrativa*. En Á. M. Estrada & C. Buitrago (Eds.), *Recursos psicosociales para el postconflicto* (2.^a ed., pp. 27–75). Taos Institute Publications.

Apéndices

Apéndice A

Lo que la imagen nos dijo

<https://youtu.be/a7EBIrHjwEg>

Nota. Video tipo noticiero que recoge reflexiones psicosociales construidas a partir de ejercicios de foto voz realizados en distintos territorios de Colombia: Armenia, Tumaco, Cali y Jamundí. A través de las imágenes y las voces de sus habitantes, se visibilizan memorias de violencia, resiliencia y esperanza, en articulación con los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Fuente. Autoría propia (2025).